

**«Habemus Ada»
Cómo cambiar algo para que todo siga igual**

*«Ha habido un intento de criminalización, de demonización, de situarnos como revolucionarios y radicales, cuando en realidad se está defendiendo el Estado.»
ADA COLAU, 20 minutos, 22/01/2015*

La Iglesia Católica y el Vaticano llegaron a tal momento de desprestigio y repulsión (corruptos, abusadores, protectores de tiranos...) que, para reflotar esas instituciones y seguir con el negocio del engaño, tuvieron que llamar a un nuevo papa, con un discurso populista y de defensa de los pobres. Con promesas de renovación y frases humanistas, el papa Francisco devolvió gran parte del crédito a la Iglesia y a los aduladores de Dios.

El parlamento y los políticos en general también han sufrido el mismo desprestigio y odio de las oprimidas en forma de agresiones, cánticos contrarios («Nadie nos representa», «Que se vayan todos»), cercos, abstención, que han esbozado el camino de la transformación social: «No sabemos bien por dónde pasa, pero estamos seguros de que no es por el parlamento, desde el cual sólo se puede gestionar la injusticia social y la miseria cotidiana». Para reflotar la imagen del parlamento y los partidos políticos, han aparecido personajes como Pablo Iglesias o Ada Colau. Nuevamente (la *Iglesia's* nos la ha *Colau*) la receta vuelve a funcionar: una institución que empezaba a ser odiada por muchos vuelve a regenerarse poniéndose al servicio del capital, prometiendo cambios en el decorado para perpetuar los intereses de nuestros explotadores y defender toda la estructura de dominación y privilegios.

Pero el tiempo, amigas, pone a cada uno en su lugar, y los Francisco, Iglesias y Colau pronto tomarán el relevo a los Kirchner, Mujica, Evo y Correa, los apaga-fuegos que llegaron para calmar los ánimos tras el susto de las revueltas de inicios de siglo en América Latina.

Éstos quedaron delatados hace ya tiempo con sus medidas y discursos: José Mujica al condenar los saqueos y las ocupaciones de tierras que se produjeron en 2002 y al arrestar a compas anarquistas; el gobierno de Lugo, que organizó las matanzas de campesinos en Paraguay; los gobiernos del electricista Lula y de Dilma la guerrillera, que hicieron desaparecer a miles de personas desde 2007 hasta hoy solamente en Río de Janeiro; o la represión sangrienta de la huelga general de 2013 en la Bolivia de Morales, por poner sólo algunos ejemplos.

En un caso diferente pero similar, en Grecia, la subida de un nuevo gobierno alimentó una serie de deseos ingenuos y casi ridículos: el partido de la izquierda radical se alió con un partido de la derecha xenófoba nacionalista para formar un gobierno que no puede hacer otra cosa que aplicar un programa alternativo de austeridad, recortes, miseria, dentro o fuera del Euro, poco importa, pues el mercado financiero y el capital tienen siempre la última palabra en los planes de cada parlamento, de cada gobierno. Pensar que este nuevo gobierno es nuestro aliado es signo de impotencia no sólo práctica sino también teórica. Como muy bien aclararon las instituciones Europeas al primer ministro griego: «Los gobiernos cambian, pero el Estado mantiene su continuidad». El entramado de las estructuras del Estado y del capital siempre puede imponer su lógica a los gobiernos elegidos. ¿Nos pueden dar un ejemplo -juno!- en el que un nuevo gobierno de «izquierdas» consiguiera un cambio significativo en las relaciones sociales? En Grecia, el gobierno aplica políticas de austeridad con unas tintas humanitaristas que esta misma austeridad necesita para seguir adelante. Apoyar un Estado -¡sí, un Estado! no sólo un gobierno- porque empieza a montar comedores populares es renunciar a nuestra misma capacidad de recuperar lo que nos pertenece. Apoyar cualquier gobierno es renunciar a la fuerza de la calle, a la fuerza de la denuncia colectiva, que es la única matriz de acontecimientos de cambio verdadero, estructural, sustantivo. Basta ya de ingenuidad, basta ya de amnesia.

Repetiendo el esquema, Ada Colau, tras las marchas por la dignidad del 22 de marzo de 2014, condenó la violencia producida al final de la movilización. Poco después, presentaba Guanyem. La burguesía necesita un partido que mantenga el orden capitalista, le da igual de qué color ni que cambie algo del decorado de cartón piedra. Un partido que mantenga la paz social y que se encargue de reprimir a la disidencia y a cualquier movimiento que lo cuestione a quien representa y gestiona el Estado.

Esta vez, ese partido del orden, para que tenga más credibilidad y apoyo ciudadano, vende una alternativa que en realidad perpetúa el mundo tal y como es. De ahí que Podemos ya tenga, como en su día lo tuvo Evo Morales, el apoyo de sectores militares y empresariales.

«Que les votemos, nos dicen»

Estos personajes, que antes gritaban con nosotras en las plazas, han decidido que ahora sí, que ellos sí pueden representarnos en el parlamento, ese teatrillo montado para distraer al personal. Pero no les basta con eso. Además, pretenden hacernos creer que con cuatro roñosas reformas (o con cincuenta, para el caso es lo mismo) nuestra existencia en este mundo putrefacto va a cambiar. Y así, nos hablan de salario justo, cuando luchamos por suprimir el trabajo asalariado y la explotación; nos hablan de una banca ética, cuando luchamos por acabar con el dinero y los bancos; nos hablan de alquileres sociales, cuando luchamos para que no exista más propiedad privada; nos hablan de un capitalismo con rostro humano, cuando luchamos por destruir este sistema que nos aniquila.

Y aunque reconocen sin pudor que no son revolucionarios, pretenden hacernos creer que el cambio para una «nueva política» vamos a conseguirlo votándoles cada cuatro años. Basta de cuentos. Las explotadas sabemos bien que los parlamentos nunca han significado un cambio radical de este sistema. No lo fue en 1936 con el gobierno de la República ni con los ministros «anarquistas» [sic], y no lo será ahora con estos que aseguran no pertenecer a la «casta».

Tampoco se puede, como pretenden otros, estar de día en el parlamento, sentados al lado y abrazando a nuestros represores y explotadores, legitimando y gestionando esa institución podrida, y por la noche participar en las manifestaciones que se enfrentan a él y a las medidas de austeridad que nos imponen. No, señores, o se lucha con las de abajo o se está con los de arriba.

Es triste ver cómo compañeras que antes ocupaban edificios, eschachaban al enemigo o participaban en coordinadoras y manifestaciones, piensan votar al «mal menor», mientras van olvidando las consignas de la calle y asumen el discurso del poder establecido: «¿Cómo queréis que suprimamos la policía y las unidades de antidisturbios? -se preguntaba una representante de En Comú-. ¿Quién se hará cargo de las bandas kosovares? ¿Pretendéis que esto sea el *far west*? Reformaremos la ley contra los desahucios, pero no defenderemos a aquellos listos que dejen de pagar el alquiler. No tenemos ninguna promesa espectacular, más que regenerar el sistema educativo y sanitario, que ya es mucho». Pero la realidad imperante de este sistema saca a la luz la naturaleza reformista de estos partidos y sus programas, que no plantean ni plantearán poner fin a la miseria sino perpetuarla. No queremos sus migajas ni su caridad. Queremos ser sujetos de nuestras vidas.

Finalmente, sabemos que la gestión del capital acabará desgastando y desacreditando a estos politicuchos, y llegarán otros «nuevos» que intentarán vendernos la misma moto.

Mientras, nosotras, proletarias, no nos limitaremos a la crítica, seguiremos actuando, organizándonos y coordinándonos con otras compañeras en todo el mundo, impulsando el asociacionismo de clase y luchando en las calles.

¡No votes, lucha!

¡En casa del enemigo, nadie nos representa!

¡Impidamos que la democracia nos encierre con su libertad!

¡Organización fuera y en contra de CUP, Guanyem-En Comú, Podemos y demás recambios de la gestión capitalista!

¡Nos vemos en la calle!



CRIT
crit@riseup.net